

Miriam Georg

UNA ESTRELLA  
SOBRE  
EL RÍO ELBA



MIRIAM GEORG

UNA ESTRELLA SOBRE EL RÍO ELBA

Traducción de María José Díez Pérez

  
ESPASA

Título original: *Elbleuchten*

© 2021 by Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2022

ISBN: 978-84-670-6606-7

Depósito legal: B. 5.682-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

PRIMERA PARTE  
HAMBURGO, 1886

# 1

La mano de Lily se movía inquieta por el papel. En la hoja había caído una manchita de tinta de la pluma y había formado una lágrima azul. Se difuminaba ligeramente en los bordes, donde las fibras del papel abrían la superficie de la gota. Sin embargo, Lily no se percató de ello. Miraba al frente, frunciendo el ceño con aire pensativo, de modo que en el entrecejo se había formado el circulito que su madre siempre llamaba con cariño la «arruga del pensador».

El aire vibraba sobre Hamburgo, el cielo era un océano azul infinito. Era como si una campana de calor hubiese cubierto la ciudad y sofocase todo el movimiento en su interior. Las aguas del Alster, que Lily veía desde su mesa, ni siquiera dibujaban pequeñas formas onduladas como de costumbre. El río se deslizaba indolente como un espejo turquesa.

Los colores del agua, el aroma denso de los rosales trepadores ante su ventana y la extraña calma que envolvía la ciudad provocaron en Lily cierta sensación. Una sensación casi dolorosa que le oprimía el pecho. Ya la había notado antes. La invadía a menudo los días que

hacía calor, cuando el dulce soplo del verano era omnipresente. Cobraba especial fuerza durante las tardes que se sentaba en la terraza con su madre y con Michel y se leían en voz alta. Desde hacía unos minutos buscaba una palabra para describirla. Ya había descartado *anhelo*. No era eso. *Melancolía* tampoco era lo que buscaba. Se trataba de algo parecido, pero quería encontrar la palabra perfecta, la que reflejase de la manera más precisa posible lo que sentía. «Cuando seáis capaces de expresar en pocas palabras lo que sentís exactamente, sabréis escribir», decía siempre la señora Finke, la que fuera su maestra. Y Lily se lo había tomado a pecho.

Solo que no le salía.

Escribió *presentimiento* y, con el ceño fruncido, observó que las letras se inclinaban un poco hacia la derecha. Seguía sin dar en el clavo, si bien esa palabra encerraba algo de verdad. Sentía como si estuviese esperando algo, como si el aire fuese portador de una promesa de futuro en sí. Pese a todo tachó la palabra con una raya enérgica. Una verdad a medias no servía, quería exactitud.

Unas semanas después, al hojear las páginas, la recorrería un escalofrío. En vista de lo sucedido, la palabra había adquirido un significado nuevo por completo.

Aunque en ese momento solo describía la alegría anticipada de un verano largo y caluroso en el que, sobre todo, quería escribir. Escribir y leer. Y bailar. Y besar. Quizá no en ese orden, pero eso ya lo determinaba Henry. Siempre era tan correcto, tan estricto en la observancia de las normas, como si su vida dependiera de ello. Oficialmente solo les estaba permitido verse acompañados, y en lugar de sortear este precepto y cortejarla a escondi-

das, como era de esperar, él insistía en ceñirse a rajatabla a lo establecido. A veces parecía molestarla lo poco que él se esforzaba en galantearla. Sí, se iban a casar, incluso estaban prometidos de manera oficial, pero eso no quería decir que ahora él pudiera dejar de escribirle cartas y hacerla sentir bella y deseable. «Has dejado de valorar lo que tienes», le echó en cara en una ocasión, y él la miró horrorizado y prometió mejorar. Y así fue: en forma de chocolate y un poema.

No, el chocolate y los poemas no estaban mal, con ellos al menos podía presumir en el seminario, aunque el poema no lo hubiese compuesto el propio Henry, sino Brentano. Los poemas de Brentano le parecían sumamente hermosos. Ella quería besos apasionados en el vestíbulo y románticos encuentros nocturnos para los que tuviera que escabullirse de casa, como en los libros que Berta le prestaba de tapadillo y que escondía en el estante, detrás de Goethe. Pero eso no iba con Henry. Pensar que ese día lo vería en el bautizo del barco la hizo sonreír. Estaba enamorada, de eso no cabía la menor duda. Henry tenía intención de ir a buscarla, pero estaba enfrascado en sus estudios de Medicina, no le faltaba mucho para terminarlos. Sus padres habían salido hacía ya más de dos horas, pero podía ir sin problemas con Franz. Antes de los actos solemnes se celebraba una recepción en la galería comercial Alsterarkaden y Lily se había resistido a ir; las recepciones se le antojaban de lo más aburridas. De pronto, al recordar el bautizo, fue consciente de que ya llevaba demasiado tiempo allí sentada. ¡Debía prepararse!

El aire inmóvil en la estancia hacía que por los resquicios de la habitación saliese un fuerte olor a alfombra y a

madera antigua, lo que le daba una idea del calor que haría durante el bautizo, que se celebraría al aire libre y —que ella supiese— a pleno sol. Sería mejor prescindir del maquillaje en polvo, pues solo conseguiría que le corriera por las mejillas. Además, tampoco tenía tiempo para eso. Tras llevarse un susto al mirar el reloj de péndulo del pasillo, echó a correr hacia la cómoda. Menos mal que esa mañana Seda ya le había recogido el pelo. Del artístico peinado solo se habían escapado un par de tirabuzones pelirrojos, que había que devolver a su sitio. Era un trabajo inútil, ya que de todas formas se le volverían a salir en cuanto Lily se moviera. El vestido nuevo, almidonado y fragante, estaba colgado en el armario. Lo miró malhumorada: vestida de blanco se veía pálida y espectral. Siempre tenía la sensación de desaparecer en la tela, pero su padre había insistido: «Una madrina debe parecer lo más joven e inocente posible, y ¿qué mejor forma de subrayar tal cosa que un vestido de encaje blanco?».

Con una horquilla para el pelo en la boca, se quitó a toda prisa la bata e hizo sonar la campanita que tenía junto a la cama.

—¡Seda, llego tarde! —gritó asomándose al pasillo, con la esperanza de que ella quizá estuviese cerca. La volvió a llamar con apremio y tomó conciencia de lo retrasada que iba. Franz llegaría de un momento a otro y ella apenas había empezado a prepararse.

Se puso delante del espejo en camisola, echó mano del colorete y se aplicó un poco en las mejillas. «¡Maldición! Me he pasado.» Ahora parecía que tenía fiebre. Humedeció una toallita en una jofaina con agua y se la pasó por el rostro. Con ello no mejoró las cosas, ya que ahora el rojo

le formaba chorretones por las mejillas. Le dio la vuelta a la toalla con rapidez y se la pasó por la parte seca, frotando todo lo fuerte que pudo para borrar el color. Cuando terminó, los ricitos que enmarcaban su cara se le habían encrespado, parecían electrizados, y tenía las mejillas encendidas. «Menos mal que hoy no voy a hablar delante de casi un centenar de personas —dijo a la imagen que le devolvía el espejo, e hizo una mueca—. Uy, un momento: ¡si era hoy!» Lanzó un suspiro y tiró la toalla a un rincón. ¿Cómo le había vuelto a pasar, con la cantidad de tiempo que tenía? ¡La mañana entera! Como siempre, el tiempo hacía sencillamente lo que le venía en gana cuando se sentaba ante el escritorio y las ideas se convertían en palabras, las palabras en frases y las frases en personajes e historias. Se tornaba líquido, se desdibujaba y, cuando Lily levantaba la vista y creía que solo había pasado un momento, había volado.

Reparó en el sombrero nuevo y se mordió los labios. «De ninguna manera —la había advertido su padre—. Cualquier otro día, vale, pero en el bautizo, no.» Lily sabía que lo decía en serio. El sombrero era un tanto osado, había que reconocerlo. Grande y verde oscuro, con un ala enorme que se movía y una cinta ancha con pequeños lunares. Extravagante y sin duda llamativo, siguiendo el último grito, algo que al conservador de su padre no le gustaba, le quedara como le quedase a ella. Pero a Lily le encantaba ese sombrero. Y así le daría algo de sombra al rostro. Mientras seguía pensando si se podía atrever a desafiar la orden que le había dado su padre, entró Seda.

—Vamos con retraso, ¿no? —preguntó mientras echaba mano del corsé, que esperaba en la cama.

—Con mucho retraso. —Lily dejó caer la camisola, levantó los brazos y se situó delante de Seda para que se lo pusiera. No solo el vestido, también el corsé seguía la última moda. Era largo, presionaba el vientre y hacía sobresalir la cadera, el pecho y el trasero. Solo con ver cómo lo sostenía Seda, ya parecía tremendamente estrecho e incómodo. Lily solo se lo había probado un instante y al cabo de pocos minutos había pedido a su doncella que se lo desatara porque se sentía como en una jaula. No se explicaba cómo iba a sobrevivir con esa prenda a un día con un calor tan sofocante. No podía olvidar de ninguna manera los pomos de olor para no caer de la tribuna y acabar sobre el gentío.

—Para estar bella hay que sufrir —comentó Seda al ver la expresión atormentada de Lily en el espejo, y le dedicó una sonrisa de ánimo.

Lily asintió apretando los labios y se agarró al poste de la cama. La doncella tiró con todas sus fuerzas de los cordones, las ballenas de acero le constriñeron el cuerpo y dieron a su vientre el moderno talle de avispa. Lily se estremecía con cada tirón y notaba que sus intestinos se comprimían cada vez más. Era como si tuviese una piedra de gran tamaño sobre el estómago.

Seda sacó la cinta métrica y, con una expresión de concentración, rodeó con ella la cintura de Lily:

—Cincuenta y tres centímetros —asintió con aire satisfecho.

—De esa guisa podrías ganarte un buen dinero en las esquinas —observó una voz a sus espaldas.

Lily se volvió en redondo: en la puerta estaba Franz, que la miraba con una expresión de ligero desdén. Un rojo febril tiñó las mejillas de Seda, que miró tímidamen-

te al suelo. Lily sabía que a su doncella le parecía atractivo su hermano mayor, incluso estaba un poco enamorada de él. Franz, en cambio, hizo lo de siempre y actuó como si en la habitación no hubiera nadie más.

—Tan encantador como de costumbre —espetó Lily, y él hizo una mueca burlona.

—Los caballos están enjaezados. Tenemos que irnos.

—Como puedes ver, aún no estoy lista.

—Has tenido todo el día.

—Ya, pero aun así tardaré un poco más. De todas formas no empezarán sin mí. —Como siempre que hablaba con Franz, su tono se teñía de una suerte de irritación mordaz.

Apoyado en el marco de la puerta, su hermano se echó hacia atrás y miró el reloj del vestíbulo.

—Quieres hacer esperar a toda una multitud, ¿es eso? Muy propio de ti. A fin de cuentas, el mundo gira alrededor de Lily Karsten. —Enarcó las cejas—. Te doy cinco minutos. Los caballos están al sol —le recordó imperturbable, y dirigiendo otra mirada despectiva a sus pechos, que asomaban por el corsé, desapareció.

Lily lanzó un impropio vulgar que hizo estremecer a una más que escandalizada Seda.

—Como si le preocuparan los caballos. Lo único que quiere es ponerme en evidencia. —De ninguna manera le daría tiempo a estar lista en cinco minutos. Todavía tenía que ponerse el vestido y encima el peinado tampoco estaba terminado—. No se atreverá... —farfulló.

Supo en el acto que sí se atrevería a irse sin ella y ponerla en ridículo delante de todo el mundo, incluso lo disfrutaría. Pensó febrilmente.

—Seda, baja deprisa y di a Agnes que pida a Toni que

asegure el caballo a la calesa. Franz se irá sin mí, me lo conozco.

Seda dejó caer de golpe la cinta métrica y salió corriendo hacia la puerta. Durante un instante, Lily se quedó paralizada pensando qué podía hacer sin ayuda, y al final fue hacia el espejo para arreglarse el cabello. Aun así, al cabo de pocos segundos comprendió que era inútil. Había demasiada humedad en el aire y los rizos se enroscaban hacia todas partes. Frustrada, volvió a poner en su sitio las horquillas. En ese momento oyó por la ventana abierta los cascós de los caballos en la gravilla.

—¿Cómo? Pero si ni siquiera han pasado los cinco minutos —indicó, y fue de prisa al balcón.

Llegó justo a tiempo de ver a Franz con el sombrero de copa y su sonrisa maliciosa despidiéndose de ella con la mano por la ventanilla del carruaje, que atravesó el portón camino de Bellevue. Furiosa, Lily dio un puntapié a la barandilla y se estremeció cuando un dolor punzante le subió por la pierna.

—¡Si serás ruin! —le gritó, pero el carruaje ya había desaparecido tras los árboles de la avenida.

Entró en la habitación saltando a la pata coja.

—¡Seda! ¿Dónde estás? —llamó desesperada. Ahora sí que debía darse prisa, mucha prisa.

Quince minutos después Lily Karsten bajaba al vestíbulo por la gran escalera. Sus mejillas aún estaban un tanto rojas, pero iba perfectamente encorsetada y ataviada. Con el vestido blanco daba la impresión de que la cintura se le quebraría con el primer movimiento inadvertido que hiciese. Mientras se miraba por última vez en el espejo que colgaba sobre la chimenea, Agnes, el ama de

llaves, salió a su encuentro con la preocupación reflejada en el semblante.

—Ay, Lily, tenemos un problema —informó. En ese momento paró de hablar y alzó la vista—. Pero creía... Si tu padre te prohibió... el sombrero verde... —Como siempre que no había nadie cerca, tuteó a Lily.

—Lo sé, lo sé, pero es la única manera. Debo ocultar el pelo. —Lily, que en el último segundo había acabado decidiéndose por la rebelión y ya se estaba arrepintiendo, le restó importancia deprisa con un gesto para que Agnes no le provocase mayor inseguridad aún—. ¿Qué problema hay?

—El caballo cojea —repuso el ama de llaves con cara de sepulturero—. Toni se acaba de dar cuenta. No puedes coger la calesa.

—¿Cómo? —Lily clavó la vista en ella espantada.

Los ojos le hacían chiribitas y tuvo que agarrarse un instante a la balaustrada. «Es por el corsé», pensó, y respiró todo lo hondo que pudo. O por la idea de una multitud impaciente de la alta sociedad de Hamburgo que la esperaba bajo un calor abrasador.

—No puede ser —continuó jadeante.

—Y ahora ¿qué hacemos? —Agnes unió las manos con aire de preocupación. Como siempre que se ponía nerviosa, parecía una gallina hinchada. Lily se dominó, cogió aire con fuerza y, pasando por delante de ella, salió de casa a la carrera.

Fuera, en la entrada semicircular, estaba la pequeña calesa que su padre utilizaba cuando iba solo. Silber, el semental negro que habían comprado en otoño del año anterior, se encontraba delante resoplando. Toni estaba agachado, examinando el casco delantero.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lily, que se había quedado sin aliento y jadeaba de tan solo bajar el puñado de escalones.

—Buenos días, señorita Lily. —A modo de saludo, Tony se levantó la gorra, sin soltar el caballo—. No lo sé, tiene la pata hinchada. Así no puede trotar.

—Pues ve por otro caballo, deprisa. —Lily se enjugó la frente, ya estaba empezando a sudar—. Voy con mucho retraso —aseguró desesperada.

Tony asintió enarcando las cejas.

—Ya he dado aviso, pero tardará un poco.

Lily sabía que tenía razón: tenía que desenganchar a Silber y enganchar el otro caballo, que ni siquiera estaba a la vista, quizá incluso almohazarlo o rasparle los cascos.

—No tengo tiempo.

El caballero se pasó la mano por la cabeza desconcertado. Agnes, que había salido corriendo detrás de Lily, se retorció el delantal.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió. Bajo la cofia sus mejillas eran de un rojo vivo—. Como no llegues a tiempo, será una catástrofe.

—Lo sé. —Lily suspiró y miró a su alrededor con aire suplicante, como si esperase que apareciera una calesa por el camino como por arte de magia—. Maldito Franz, mira que dejarme aquí... —Estampó el pie contra el suelo como si fuese una niña pequeña, y le habría gustado tirarse del pelo. De pronto reparó en un objeto brillante que estaba apoyado en la pared, junto a la columna de la puerta principal.

La nueva bicicleta de Franz.

Lily arrugó la frente y se le pasó una idea por la cabe-

za. Una idea de lo más desacertada y demencial. Se mordió los labios. ¿Se atrevería? No, era absolutamente indecoroso. ¿O acaso no? Había visto imágenes de mujeres en bicicleta, claro que eran carreras ciclistas, competiciones deportivas. Y se habían celebrado en Bélgica y Francia, no en Hamburgo. Y ¿con un vestido como el que llevaba ella? No, era demasiado descabellado. Sabía montar, le había dado tanto la tabarra a Franz para que le enseñara que su hermano terminó practicando con ella ante la casa a regañadientes. Con la vieja bicicleta de rueda alta no se había podido manejar, pero esa era una bicicleta moderna, con las dos ruedas a la misma altura; acababa de salir al mercado y, por tanto, era fácil de manejar también para ella. Era una sensación deliciosa que el aire le agitara el cabello mientras oía el traqueteo de las ruedas en la gravilla. Michel correteaba a su alrededor entre risas e intentaba darle alcance. Ella se sentía libre. Como si pudiese bajar a toda velocidad por el camino de acceso hasta Bellevue y desaparecer. Sus piernas la llevarían hasta su destino, allá adonde quisiera ir, a la velocidad del viento. Envidiaba a más no poder a su hermano mayor por poder ir en bicicleta a la ciudad. La había hecho traer de Inglaterra exprefeso y había pagado nada menos que trescientos marcos por ella. «Como le hagas algún arañazo y me dé cuenta, más te valdrá no estar cerca», la había amenazado Franz, y ella sabía que lo decía en serio.

Pero no tenía intención de hacerle ningún arañazo. Montar en bicicleta era cosa de niños una vez que se le cogía el tranquillo, aunque sería difícil que no se le quedara enganchada la falda. Pero si se agarraba el vestido con una mano y con la otra llevaba el manillar... Miró la cara de desconcierto de Agnes y Toni.

—Mandaré a un muchacho al mercado para que pare un coche de punto —sugirió Agnes ahora, pero Lily desechó la idea.

—Cuando quiera llegar, el bautizo habrá terminado.

Vaciló un segundo antes de ponerse en marcha con resolución. Con los caballos tampoco habría ido mucho más rápida que con la bicicleta y de ese modo al menos podía salir en ese mismo momento. Solo debía asegurarse de que los asistentes no la viesan; de lo contrario armaría un escándalo.

Alfred Karsten sonreía con confianza a los expectantes rostros. Había acudido todo el mundo: el alcalde y el primer teniente de alcalde, Petersen y Kirchenpauer; el conde, y Gerhard Weber y Jens Borger, sus principales inversores. Vio brillar con el sol el pelo amarillo de Ludwig Oolkert; le extrañó un tanto su presencia. Oolkert era el propietario del edificio Rosenhof, la primera factoría de Hamburgo y única hasta la fecha, y —de creer lo que él decía— la más moderna del mundo. Desde principios de ese año la compañía naviera Karsten también había trasladado su sede allí. Pese a ello, la relación que mantenían Oolkert y él era fría, por decirlo con suavidad. Sencillamente no congeniaba con ese hombre. Sin embargo, agradecía de verdad que ese día dejara los negocios para ofrecer su respaldo a los Karsten. Como era natural, no lo hacía sin una segunda intención, algo de lo cual él era muy consciente. Pero con todo y con eso, era un gesto noble.

Miró a su alrededor. Medio Bellevue y gran parte de la Elbchaussee se habían congregado allí, todo el mundo

sudando a más no poder con sus elegantes vestidos y trajes. Daba la impresión de que Hamburgo era un horno. Las damas se daban aire con plumas y abanicos y los caballeros se enjugaban con disimulo hilillos de sudor que les corrían por las sienes. Alfred Karsten empezaba a impacientarse. Solo era cuestión de tiempo que alguna de las mujeres no aguantase la opresión del corsé y el calor; la esposa de Gerhard Weber no tenía buen color. En el puerto nunca olía especialmente bien, pero ese día era como si el aire recociese todas las emanaciones de la ciudad hasta despedir un único hedor espantoso, que lo envolvía todo como un velo turbio e incluso a él le provocaba una sensación de pesadez en el estómago. No podía hacer esperar más a la gente. Si Lily no llegaba de inmediato tendría que buscar a otra persona. Sylta no podía sustituirla; según la tradición, la madrina debía ser una doncella. Miró a su alrededor con discreción y se dio cuenta de que cada vez estaba más enfadado.

Quedaba claro que no se podía confiar en Lily, siempre pasaba lo mismo. Estaba con la cabeza en las nubes; o mejor dicho, en los libros. De entrada él lo aprobaba, pero ello la convertía en una soñadora. Era un honor ser elegida madrina de un barco tan importante como el *Titania*. Un gran honor. Al parecer su hija no solo no lo apreciaba, sino que por lo visto ni siquiera lo entendía. Él sabía con certeza que la naviera no significaba tanto para ella como para el resto de la familia, que los barcos la aburrían y que no entendía qué era lo que tanto lo fascinaba a él, pero aun así. Esperaba de ella un mínimo de decencia, pero la discusión que había tenido que aguantar por su espantoso sombrero nuevo... La mera idea hizo que le rechinaran los dientes. ¡Que de verdad qui-

siera llevar algo verde en el bautizo de un barco! Por suerte, Franz la había hecho callar en el acto. A menudo era demasiado duro con sus hermanos, pero por lo menos Lily no discutía tanto con él. Alfred profirió un suspiro y volvió a mirar a su alrededor. A veces pensaba que Sylta y él habían sido demasiado liberales con su educación. Lily tenía ideas propias, algo que en principio a él le gustaba; Sylta era igual, aunque de un modo más sereno, menos rebelde. Estaba completamente a favor de que las mujeres pensarán por sí mismas.

Sin embargo Lily a veces olvidaba cuál era su sitio.

En ese preciso instante un murmullo recorrió la multitud, las cabezas se volvieron, los cuellos se estiraron, la gente susurraba tapándose la boca con las manos. La expresión de su esposa le dijo que algo iba mal: el rostro se le había demudado.

—Por el amor de Dios —dijo entre dientes—. ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

Sylta se agarró con fuerza a su brazo y señaló horrorizada el astillero. Ahora él también veía lo que tanto desconcertaba a la gente y a su mujer.

Lily había llegado. En la cabeza llevaba el sombrero verde con la enorme pluma. Y —se quedó sin aliento— ¿acaso había perdido el juicio? Durante un momento pensó que la vista lo engañaba.

¡Su hija iba montada en bicicleta!

Lily hubo de reunir todas sus fuerzas para no dar media vuelta. Las rodillas le temblaban. Intentó dirigir una sonrisa cautivadora a la multitud que la miraba, pero los músculos de su rostro se negaban a obedecerla. El plan

había fracasado estrepitosamente. Se había perdido unas cuantas veces, incluso se había caído cuando el vestido se le enredó en la cadena. Ahora tenía los guantes sucios y un desgarrón en las faldas. Para colmo se le había olvidado dónde estaba anclado con exactitud el Titania. Nunca había ido allí sola. Al dar la vuelta a una esquina a toda velocidad vio que docenas de personas se volvían hacia ella y la miraban horrorizadas. Ya era demasiado tarde para dejar la bicicleta escondida.

Le habría gustado que se la tragara la tierra allí mismo, pero se acercó despacio y se bajó delante de todos con la cabeza alta, como si aquello fuese la cosa más natural del mundo. Los cuchicheos de la gente hicieron que sintiera un cosquilleo en la nuca. El sudor le corría por el cuerpo. El corsé no dejaba que sus pulmones se llenasen de aire como era debido. Apenas podía controlar la respiración con aquel vestido tan ceñido. Miró atemorizada la pequeña tribuna, donde estaba su familia. Incluso desde esa distancia vio que su madre a duras penas lograba conservar la serenidad. Franz parecía como petrificado, Henry estaba completamente blanco y su padre echaba humo de la ira contenida.

Las ideas bullían en el cerebro de Lily. Ahora solo podía hacer una cosa: mostrarse tranquila y sonreír.

En busca de un sitio en el que dejar la bicicleta, miró a su alrededor. A su lado, apoyado en una farola, había un hombre, a todas luces un trabajador del puerto, que la escudriñaba con una expresión extraña en el rostro. Una mezcla de curiosidad, asombro y... regocijo. Lily se dio cuenta de que esa mirada la hacía enrojecerse aún más. «Se está riendo de mí», pensó furiosa. Pero entonces se rehízo.

—¿Le importaría? —preguntó con voz almibarada, deslizándole la bicicleta para ofrecerle el manillar.

Los ojos del hombre reflejaron su sorpresa. Durante un instante no reaccionó. Su mirada penetrante hizo que a Lily le hormiguease el cuerpo. Después él levantó una ceja y se hizo cargo de la bicicleta sin mediar palabra. Ella se percató de que, de una manera tosca, era muy atractivo. Le dio las gracias con una sonrisa que el hombre no devolvió. Cuando pasó por delante de él, notó su mirada clavada en la nuca.

Para entonces la multitud había abierto un pasillo por el que ahora iba ella como una novia camino del altar. «O como Ana Bolena hacia el patíbulo», pensó, y tragó saliva. Tenía la sensación de andar entre una manada de lobos. Con una sonrisa forzada congelada en el rostro, fue despacio y con la cabeza bien alta hacia su familia, haciendo malabares para recogerse el vestido y ocultarse el siete con la mano. Mientras tanto se esforzaba en pasar por alto los comentarios sobre su entrada en escena, algunos susurrados, otros altos y claros, que llegaban a sus oídos.

«¿Lo has visto, Millie? ¡Sentada a horcajadas sobre la barra!» «¿Está permitido?» «Menudo escándalo.» «¿Cómo puede tolerar algo así Karsten?»

Con el estómago dolorido, Lily pensó que después de ese día sus padres la meterían a buen seguro en un convento situado en los confines del mundo y no la dejarían volver a casa jamás. Pero cuando se atrevió a mirar de pasada las caras de los invitados vio, para su sorpresa, que no todos parecían horrorizados. Algunos caballeros le sonreían con evidente regocijo, incluso impresionados, sí, y la anciana Gerda Lindmann, la mejor amiga de

su abuela, reía entusiasmada y la saludaba con su pañuelo de encaje.

Ella levantó la mano tímidamente para devolverle el saludo.

Mientras Lily se dirigía a la tribuna, la familia tuvo tiempo de recuperarse. Sylta fue la primera en reaccionar.

—La sorpresa que les teníamos reservada ha salido bien —anunció a la multitud con una sonrisa radiante—. La espera ha valido la pena, damas y caballeros. La madrina ha llegado. A nuestro juicio una ocasión especial merece una entrada especial. Confío en que hayamos conseguido impresionarlos con ella.

Gerda Lindmann fue la primera en empezar a aplaudir durante el silencio que se hizo. Dio suavemente con el codo a la dama que tenía al lado, quien, tras un segundo de vacilación, también se puso a dar palmadas. Le siguieron en rápida sucesión algunas personas aisladas y se les fueron uniendo cada vez más invitados. Aunque en particular las damas de más edad, consternadas, aún tenían la mirada sombría, el ambiente en general mejoró.

Lily se atrevió a mirar de soslayo a su padre, que también aplaudía, si bien ella vio que tras la fachada estaba que trinaba. Franz la miró de arriba abajo con una expresión casi rebosante de odio en los ojos. No aplaudió, pero tras una mirada de exhortación de Sylta esbozó una fina sonrisa.

—Bien, pues ya podemos empezar. —Su padre había tomado la palabra—. Uno ha de pensar adelantado a su tiempo. Este es el lema que acompaña a nuestro bautizo de hoy, el que inspira la poco convencional entrada de

mi hija, cuya temeridad confiamos puedan perdonarnos ustedes —afirmó, y cosechó por algunas partes gestos de aprobación y alguna que otra risa.

Lily entendió cuán inteligente era su proceder y le dirigió una mirada de admiración. Sus padres eran maestros en ocultar a la opinión pública las deficiencias de la familia, algo en lo que tenían ya mucha práctica con Michel, pero lo de ahora era una proeza incluso para su padre. Lily vio que cada vez se iba ganando a más personas con sus palabras y su cordialidad, hasta que incluso el gesto más furioso se relajó. Nadie se podía resistir a Alfred Karsten cuando este ponía en juego todo su encanto de hombre de mundo. La genial idea de su madre de dar a entender que la familia había planeado la osada aparición para divertimento de los invitados fue su salvación.

—Tradicionalmente nuestros barcos se construyen con la maestría propia del oficio, pero sirviéndose de la tecnología más moderna, que hace que surquen los océanos con seguridad. Vamos un paso por delante en nuestra forma de pensar, nos atrevemos cuando otros se quedan atrás —prosiguió su padre, y ella se dio cuenta de que con cada palabra que pronunciaba su seguridad iba en aumento. Ahora incluso Franz asentía satisfecho. Pese a todo, estaba claro que ella daría mucho que hablar. A ese respecto Lily no se hacía ilusiones, pero por lo menos no la pondrían públicamente en la picota y podría conservar la dignidad.

Cuando por fin su padre le cedió la palabra, a Lily todavía le temblaban las manos. Sacó su cuadernito del bolso de mano de nácar y lo abrió. Aunque estaba hecha un manojo de nervios, consiguió respirar con tranquilidad. Notaba el pulso en las mejillas.

—Al igual que Titania, la diosa de las hadas que da su nombre a este majestuoso barco, pronuncia estas bellas palabras en *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare —empezó a decir con voz alta, y oyó que a su lado Franz exhalaba un leve suspiro.

No se alteró. A Franz le parecía ridículo que su padre permitiese que todos sus barcos llevaran el nombre de alguna heroína de las obras de Shakespeare.

—No sé por qué no les das un nombre alemán, también los hay bonitos —refunfuñaba a menudo cuando se abordaba el asunto de los bautizos.

—Los barcos salen de Inglaterra, como gran parte de la buena literatura, así que ¿por qué no van a llevar un nombre inglés? —solía replicar su padre en tales situaciones.

—Goethe también escribía bien —farfullaba Franz, y su padre ponía fin a la disputa tomándole el pelo a su hijo con que ni siquiera sabía lo que había escrito Goethe y pidiéndole si no podía citar alguna cosa suya, ya que tan convencido estaba de la genialidad del escritor.

Lily propinó a su hermano mayor un suave codazo en las costillas, levantó la vista del cuadernito y miró a la multitud cuando citó con voz un tanto temblorosa pero de memoria y con claridad a Titania:

—«Y, sentada en la amarilla playa junto a mí, observaba el navegar de los barcos mercantes. Reíamos de ver cómo el viento retozón hinchaba y preñaba las velas».

A su lado su madre cogió aire sobrecogida. La analogía era un tanto osada. También entre el gentío se oyó un breve murmullo de asombro. Pero era Shakespeare; siempre un poco escandaloso, mas de un modo que resultaba admisible en los salones. Contra él difícilmente

se podía decir algo. Lily sonrió, ya que lo sabía de sobra, y continuó con su discurso. Cuando terminó dijo:

—No queda nada que añadir salvo esto: te bautizo con el nombre de Titania, te deseo una vida repleta de buenas travesías y un palmo de agua bajo la quilla en todo momento. Y te bautizo lanzando tres hurras por ti. —Tomó la botella de champán, que estaba dentro de una fina malla y colgaba de un cabo largo, y la estrelló con todas sus fuerzas contra la proa del barco. El cristal se hizo añicos, las gotas de champán salieron volando por el aire y durante un segundo titilaron con la luz del sol antes de desvanecerse en el barro del puerto.

La multitud prorrumpió en gritos de júbilo y aplaudió. Su padre abrazó primero a Lily, sonriéndole y enarcando una ceja al mismo tiempo, lo que le dio a entender que más tarde mantendrían una conversación seria, y después a su madre. Henry, ligeramente confuso, besó a Lily en la mejilla. Franz gritaba de alegría mirando a la multitud y haciendo caso omiso a su familia.

—Ha sido un discurso muy logrado, querida mía. Aunque la cita podría haber estado mejor elegida. —Sylta besó a su hija en la frente—. Estoy orgullosa de ti. De la bicicleta ya hablaremos.

Cuando bajaron de la tribuna y todos los felicitaron, pasó. Una repentina ráfaga de viento levantó el aire seco y polvoriento del puerto. Se oyeron uyes y ayes asustados, dos sombreros de copa se tambalearon y las damas se agarraron los vestidos.

—Una tormenta sería una bendición. —Sylta miró al cielo frunciendo la frente y después apartó la vista, entornando los ojos porque se le había metido arena.

—Pero solo cuando estemos en casa —rezongó Franz.

Lily, que se había cogido del brazo de Henry, también observaba los nubarrones que se concentraban con aire amenazador en el horizonte, sobre la punta del campanario de la iglesia de San Miguel.

—Procura no mojarte cuando vuelvas a casa, hermanita.

Asustada, Lily miró a su hermano mayor y vio su gesto malicioso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No creerás que voy a volver yo en bicicleta, ¿no? Y con el calor que hace.

—Pero... —Lily lo miró fijamente. En eso no había pensado.

Franz no hizo ninguna mueca.

—De todas formas en el carruaje no hay sitio. Me da lo mismo cómo te las arregles, pero o la bicicleta está en casa esta tarde o me deberás trescientos marcos.

—No es justo. Me has dejado en la estacada, de alguna manera tenía que... —Lily iba a saltar, pero Henry se interpuso entre ambos.

—Queridos hermanos, seguro que algo se podrá hacer. Aquí en el puerto será difícil que encontremos un coche de punto, pero daremos con alguien que lleve la bicicleta a casa por un poco de dinero.

Franz rio con desdén.

—Qué pretendes, ¿dársela a un trabajador del puerto? Esa bicicleta vale más de lo que ganan ellos en un año. No, que Lily se encargue de... —En ese momento una nueva ráfaga de viento azotó a la multitud. A Franz le levantó la corbata, que le dio en el rostro, interrumpiéndolo con brusquedad.

Lily notó un tirón en el cabello y de pronto una sensación extraña en la cabeza. Asombrada, se llevó las manos a los rizos.

—Pero ¿qué...? —Miró a su alrededor.

El sombrero había salido volando. Cuando Henry se agachó para cogerlo, otra racha lo hizo bailotear y lo llevó hacia el agua.

—¡Mi sombrero! —exclamó Lily. Después se rio—. Henry, corre, anda.

Más tarde se daría cuenta de lo inofensiva y divertida que se le antojó esa situación. Henry salió dando traspiés tras la prenda verde y ella lo alentó mientras observaba risueña a las finas damas, que corrían despavoridas como gallinas espantadas. Cómo iba a saber ella que ese día, con ese suceso insignificante, empezaría todo.

Justo cuando Henry iba a recuperar el sombrero, una suerte de mano invisible lo cogió y la prenda desapareció entre el barco y el dique del puerto.

—¡Oh, no! —se lamentó Lily.

Henry se quedó un tanto desconcertado y miró al agua. Ella corrió con él.

—Y ahora ¿qué hacemos? ¡Era un sombrero carísimo! Si lo pierdo, con todo lo que ya ha sucedido hoy me pasaré tres semanas castigada.

—No te preocupes, yo lo arreglo. —Henry llamó a uno de los hombres encargados de la seguridad—. Eh, tú: baja a buscar el sombrero de la dama —dijo, no en tono desagradable, pero tampoco era una pregunta, sino una orden.

—Henry, no podemos pedirle tal cosa —protestó Lily.

—¿Por qué no? —Él la miró con cara de asombro y profirió un suspiro. Después, frunciendo el ceño, sacó la

billetera, buscó algo en ella y le ofreció una moneda al hombre—. Por las molestias.

El hombre vaciló un instante y cogió la moneda. Lily se estremeció al verle las manos llenas de arrugas, agrietadas. El trabajador se quitó los zapatos, asió una de las amarras que colgaban por el borde hacia el agua y descendió por ella como si fuese un mono.

—¿No es peligroso? —Lily se agarró del brazo de Henry. El gigantesco barco se hallaba a tan solo un metro del dique.

—¿Qué hay de peligroso en eso? Quizá se moje un poco —respondió Henry, y se echó a reír.

Lily notó que se enfadaba. «Si tan fácil es, ¿por qué no vas tú a por él?», pensó mirándolo de reojo. No creía que en una situación similar uno de los héroes de las novelas que leía se quedase cruzado de brazos sin más. A menudo comparaba a Henry con los hombres de esos libros y la mayoría de las veces salía bien parado: era alto y gallardo con sus rizos rubios, su familia era noble y su comportamiento siempre intachable. Aunque, desde luego, las novelas no eran la vida real. Si uno esperaba que los hombres normales de pronto actuaran como héroes, probablemente se llevaría una decepción. «Pero, a pesar de todo, muy galante no ha sido», se dijo.

Después Lily observó con preocupación que el hombre se mantenía agarrado a la amarra con una mano mientras intentaba llegar con la otra al sombrero, pero quedaba demasiado lejos. Como no lo consiguió, se dejó caer directo al agua.

En ese momento se oyó un restallido a su alrededor. Primero suave, después cada vez más intenso. Sorprendida, Lily miró al cielo: los nubarrones que hacía un

instante aún estaban lejos, sobre la iglesia de San Miguel, avanzaban hacia el puerto. En cuestión de segundos las ráfagas se volvieron tan fuertes que tuvo que agarrarse el vestido para que no se le subiera hasta la cabeza. De pronto el viento empezó a aullar como un animal furioso.

—Será mejor que busquemos dónde resguardarnos. —Henry quería llevarla con él, pero Lily se opuso enérgicamente.

—¡Espera! —exclamó.

En el agua el hombre luchaba contra las olas que se levantaban, que seguían alejando el sombrero de él. Lily lo observaba angustiada. «Hace un momento ahí había mucha más agua», pensó antes de caer, horrorizada, en que el Titania se estaba moviendo.

—¡Tenga cuidado! —le advirtió—. ¡El barco!

El hombre la miró, pero no debió de oírla, ya que continuó nadando, mientras hacía que el sombrero se alejara cada vez más con sus movimientos. Presa del pánico, Lily registró su alrededor en busca de ayuda, pero cerca ya casi no quedaba nadie, la gente corría a sus carruajes y calesas. A cierta distancia vio a su familia, que recogía sus cosas deprisa y corriendo y se despedía de los allí presentes.

—Henry, ¿y si el barco lo aplasta? —Lily lo llevó de nuevo hasta el borde del agua y señaló con nerviosismo la cala del Titania, que ahora estaba bastante más cerca del dique que hacía escasos segundos—. El viento lo está empujando contra el muro.

Henry se sujetó el sombrero de copa y siguió con la mirada el dedo índice extendido de Lily.

—¡Ay, Lily, por eso cuelgan esas maromas gruesas sobre el dique, para frenar el barco. De lo contrario se gol-

pearía constantemente contra él y se destrozaría solo! —aclaró chillando contra el viento—. ¡Tú, date prisa, la dama está esperando! —gritó a continuación al hombre en el agua, que para entonces ya había cogido el sombrero.

Aliviada, Lily vio que el hombre regresaba nadando e intentaba subir por una de las maromas, pero el cabo era demasiado grueso y resbalaba, ya que estaba recubierto de algas. Las manos se le escurrían una y otra vez. Lily notó cómo el miedo asomaba a sus ojos. «Es preciso que vuelva a coger el otro cabo más fino», pensó.

—¡Venga aquí, por aquí es más fácil! —exclamó nerviosa, arrodillándose.

—¡Lily! ¡El vestido! —Su madre, que había aparecido a su lado como de la nada, la cogió por el codo con fuerza y la levantó—. ¿Es que hoy te has vuelto completamente loca?

—Pero si ya está roto. Mamá, ¡mira! —Señaló atemorizada al hombre, que ahora se había puesto el sombrero en la cabeza para poder nadar mejor. Intentaba volver al lugar por el que se había metido en el agua.

—Cielo santo. —Sylta lo miró desconcertada—. ¿Se puede saber qué significa esto?

—El viento se ha llevado el sombrero y lo ha lanzado al agua. Me preocupa que el barco...

En ese momento el Titania profirió un gemido estridente, casi humano, y el espacio que se abría entre el casco y el muro desapareció. De pronto no se veía al hombre.

—¡Dios mío! —exclamó Lily. Sylta palideció, ambas mujeres cayeron de rodillas a la vez para mirar por el borde—. ¿Tú lo ves? ¿Dónde está?

—Estoy aquí. —Una voz ronca se oyó en el agua.

—Gracias a Dios. Desde aquí arriba daba la impresión de que había desaparecido usted —repuso Lily. Al inclinarse un poco más le vio la cabeza al hombre, que se agarraba al muro—. ¿Cree que conseguirá llegar al cabo por el que ha bajado?

—Lo intentaré. Estoy entre dos amarras, pero si me muevo de aquí y el barco vuelve a golpear el dique...

Horrorizada, Lily miró a su madre: Sylta se había tapado la boca con las manos. Seguía arrodillada junto a Lily.

—Henry, ¡haz algo! —pidió esta.

El joven estaba sobrepasado por la situación. Inclinado asimismo sobre el borde, parecía devanarse los sesos, pero sin llegar a ninguna conclusión. Lily estuvo a punto de perder el equilibrio, de lo inclinada que estaba sobre el agua. Vio que ahora el hombre palpaba poco a poco la cala del barco. El espacio que quedaba era tan estrecho que le costaba escurrirse por él cada vez que pasaba una de las gruesas amarras.

De pronto a Lily se le puso la piel de gallina.

Se oyó un nuevo restallido.

Levantó la vista espantada. La hojarasca, castigada por un calor estival que duraba desde hacía semanas, barrió el lugar, y a Lily le entró arena en la boca. De pronto en el agua se oyó un grito desgarrador.

—Por el amor de Dios, ¡está aprisionado! —Sylta se inclinó hacia delante con el rostro blanco.

Acto seguido alguien apartó sin miramientos a Lily, que cayó de bruces contra la arena, arañándose la barbilla contra el duro suelo. Se irguió perpleja. Un hombre con ropa de faena y una gorra en la cabeza se había lanzado al

suelo delante de ella para ver el agua. Al parecer evaluó la situación en cuestión de segundos. Se levantó de un salto y bramó algo. Después echó a correr hacia un montón de barras de hierro, cogió una y la apoyó contra el barco con todas sus fuerzas. Sorprendida, Lily vio que los demás hombres de seguridad y algunos trabajadores del puerto se acercaban corriendo, se distribuían a lo largo del barco y lo imitaban. Se gritaban algo con expresión furiosa.

En un primer momento fue como si el Titania no notara nada. «El barco es gigantesco, ¿qué van a hacer con esas barritas?», pensó atemorizada Lily, que seguía sentada en el suelo entre los hombres con su vestido blanco. Sin embargo, tras unos segundos, mientras los trabajadores empujaban el barco con todas sus fuerzas y el rostro encendido, el Titania cedió y se movió. Primero tan despacio que Lily ni siquiera percibió el movimiento, pero después más deprisa, hasta que las barras que empleaban los hombres dejaron de tocarlo y las amarras a las que estaba afianzado el barco se tensaron.

—¡Ahora! ¡Sacadlo!

El hombre que la había empujado no vaciló ni un segundo. Cuando el espacio fue lo bastante ancho, agarró uno de los cabos y rebasó el dique. Antes de que su rostro desapareciese, su mirada furibunda se clavó un instante en ella y Lily se dio cuenta, asustada, de que era el hombre al que había entregado la bicicleta antes con total desfachatez. Se levantó y Henry, que había estado observándolo todo como paralizado, la ayudó.

Ahora el hombre había agarrado al trabajador herido y se enrollaba con él en un cabo. A una orden suya los hombres comenzaron a tirar y poco después ambos estaban tendidos en el muelle, jadeantes.